

1. **Leer** – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. **Meditar** – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. **Reza** – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. **Contempla** – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

- [1] CCC 787
- [2] CCC 306
- [3] El Catecismo Penny
- [4] CCC 1990
- [5] CCC 1993
- [6] Concilio de Trento (1547): DS 1525
- [7] CCC 2611
- [8] CCC 2738
- [9] Lucas 10:19-20

Fast.
Free.
Faithful.
Linktoliturgy.com



¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Lucas 10:1-12; 17-20 pg. 1
¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3
¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Lucas 10:1-12; 17-20 – Misal Romano

En aquel tiempo, Jesús designó a otros setenta y dos discípulos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares a donde pensaba ir, y les dijo: “La cosecha es mucha y los trabajadores pocos. Rueguen, por lo tanto, al dueño de la mies que envíe trabajadores a sus campos. Pónganse en camino; yo los envío como corderos en medio de lobos. No lleven ni dinero, ni morral, ni sandalias y no se detengan a saludar a nadie por el camino. Cuando entren en una casa digan: ‘Que la paz reine en esta casa’. Y si allí hay gente amante de la paz, el deseo de paz de ustedes se cumplirá; si no, no se cumplirá. Quédense en esa casa. Coman y beban de lo que tengan, porque el trabajador tiene derecho a su salario. No anden de casa en casa. En cualquier ciudad donde entren y los reciban, coman lo que les den. Curen a los enfermos que haya y díganles: ‘Ya se acerca a ustedes el Reino de Dios’. Pero si entran en una ciudad y no los reciben, salgan por las calles y digan: ‘Hasta el polvo de esta ciudad, que se nos ha pegado a los pies nos lo sacudimos, en señal de protesta contra ustedes. De todos modos, sepan que el Reino de Dios está cerca’. Yo les digo que en el día del juicio, Sodoma será tratada con menos rigor que esa ciudad”.

Los setenta y dos discípulos regresaron llenos de alegría y le dijeron a Jesús: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. Él les contestó: “Vi a Satanás caer del cielo como el rayo. A ustedes les he dado poder para aplastar serpientes y escorpiones y para vencer toda la fuerza del enemigo, y nada les podrá hacer daño. Pero no se alegren de que los demonios se les someten. Alégrese más bien de que sus nombres están escritos en el cielo”.

Lectura espiritual - Oficio de lectura - 14° Domingo del tiempo ordinario San Cipriano de Cartago, Tratado sobre el comportamiento de las vírgenes

El coro numeroso de las vírgenes acrecienta el gozo de la madre Iglesia
Me dirijo ahora a las vírgenes con tanto mayor interés cuanto mayor es su dignidad. La virginidad es como la flor del árbol de la Iglesia, la hermosura y el adorno de los dones del Espíritu, alegría, objeto de honra y alabanza, obra íntegra e incorrupta, imagen de Dios, reflejo de la santidad del Señor, porción la más ilustre del rebaño de Cristo. La madre Iglesia se alegra en las vírgenes, y por ellas florece su admirable fecundidad, y, cuanto más abundante es el número de las vírgenes, tanto más crece el gozo de la madre. A las vírgenes nos dirigimos, a ellas exhortamos, movidos más por el afecto que por la autoridad, y, conscientes de nuestra humildad y baja, no pretendemos reprochar sus faltas, sino velar por ellas por miedo de que el enemigo las manche. Porque no

es inútil este cuidado, ni vano el temor que sirve de ayuda en el camino de la salvación, velando por la observancia de aquellos preceptos de vida que nos dio el Señor; así, las que se consagraron a Cristo renunciando a los placeres de la carne podrán vivir entregadas al Señor en cuerpo y alma y, llevando a feliz término su propósito, obtendrán el premio prometido, no por medio de los adornos del cuerpo, sino agradando únicamente a su Señor, de quien esperan la recompensa de su virginidad. Conserven, pues, vírgenes, conserven lo que han empezado a ser, conserven lo que serán: una magnífica recompensa les está reservada; su esfuerzo está destinado a un gran premio, su castidad a una gran corona. Lo que nosotros seremos, ustedes han comenzado ya a serlo. Ustedes participan, ya en este mundo, de la gloria de la resurrección; caminan por el mundo sin contagiarse de él: siendo castas y vírgenes, son iguales a los ángeles de Dios. Pero con la condición de que su virginidad permanezca inquebrantable e incorrupta, para que lo que han comenzado con decisión lo mantengan con constancia, no buscando los adornos de las joyas ni vestidos, sino el atavío de las virtudes. Escuchen la voz del Apóstol a quien el Señor llamó vaso de elección y a quien envió a proclamar los mandatos del reino: El primer hombre — dice —, hecho de tierra, era terreno; el segundo hombre es del cielo. Pues igual que el terreno son los hombres terrenos; igual que el celestial son los hombres celestiales. Nosotros, que somos imagen del hombre terreno, seremos también imagen del hombre celestial. Esta es la imagen de la virginidad, de la integridad, de la santidad y la verdad.

Cooperando con el Plan Divino - Lección y Discusión

“El Señor designó a otros setenta y dos a quienes envió por delante de él” En el Evangelio de hoy, Jesús envía a setenta y dos discípulos a predicar la buena nueva. La Buena Nueva del reino de Dios está cerca! Jesús siempre quiere que estemos cerca de él. Él siempre tendrá trabajo para que realicemos en su nombre. “Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida; les reveló el Misterio del Reino; les dio parte en su misión, en su alegría y en sus sufrimientos. Jesús habla de una comunión todavía más íntima entre Él y los que le sigan: ‘Permanezcan en mí, como yo en ustedes [...] Yo soy la vid y ustedes los sarmientos’. Anuncia una comunión misteriosa y real entre su propio cuerpo y el nuestro: ‘Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él’.”.[1]

¿Por qué quiere Dios que ayudemos en su plan divino? “Dios es el Señor soberano de su designio. Pero para su realización se sirve también del concurso de las criaturas. Esto no es un signo de debilidad, sino de la grandeza y bondad de Dios todopoderoso. Porque Dios no da solamente a sus criaturas la existencia, les da también la dignidad de actuar por sí mismas, de ser causas y principios unas de otras y de cooperar así a la realización de su designio”. [2] Hay muchas veces en la vida en que una persona no necesita la ayuda de otra, pero lo permite por el bien de esa persona. Por ejemplo, una madre no necesita la ayuda de su hija de cinco años de edad para hornear un pastel. Sin embargo la madre lo permite y desea que su hija ayude con el fin de que la hija pueda cooperar en el trabajo de la creación del pastel. La hija no sólo va a cooperar en la obra, sino también a compartir la alegría de ver

a otros disfrutar del pastel y por lo tanto su madre y ella compartirán la recompensa de su trabajo.

¿Es fácil cooperar con el plan divino? A veces sí; la vida es más fácil cuando seguimos su voluntad en lugar de la nuestra. Sin embargo, estamos en un mundo que odia el mensaje que traemos. Jesús dijo: “Los envío como corderos en medio de lobos”. Este mundo puede ser un lugar espantoso a veces y no llevamos un mensaje ordinario, sino uno extraordinario. Al hablar del mundo, la Iglesia enseña que el “mundo” es “las falsas máximas [enseñanzas] del mundo, y la sociedad de los que aman las vanidades, las riquezas y los placeres de este mundo más que a Dios”. [3] A medida que salimos hacia el mundo, Dios nos bendecirá con signos extraordinarios como lo hizo con los discípulos. ¿Es fácil para ti para cooperar con el plan de Dios? ¿Por qué o por qué no? Cuando salimos y tratamos de llevar la buena nueva a los demás, les pedimos una conversión del corazón que logra la justificación.

¿Que es la justificación? La justificación nos quita de nuestro pecado y nos justifica en la misericordia de Dios. “La justificación libera *al hombre del pecado* que contradice al amor de Dios, y purifica su corazón. La justificación es prolongación de la iniciativa misericordiosa de Dios que otorga el perdón. Reconcilia al hombre con Dios, libera de la servidumbre del pecado y sana”. [4] “La justificación establece la *colaboración entre la gracia de Dios y la libertad del hombre*. Por parte del hombre se expresa en el asentimiento de la fe a la Palabra de Dios que lo invita a la conversión, y en la cooperación de la caridad al impulso del Espíritu Santo que lo previene y lo custodia”. [5] Debemos dejar nuestras cadenas al pecado. Debemos dejar las cosas que nos atan y aprovechar la paz de Dios; la misma paz de la que Jesús habla en la lectura del Evangelio. Cuando hacemos esto somos realmente libres. Debido a nuestra libre voluntad, somos los únicos que podemos hacer esto; Dios no nos va a obligar a estar de acuerdo con él. Como el Concilio de Trento dice, “Cuando Dios toca el corazón del hombre a través de la iluminación del Espíritu Santo, el hombre mismo no está inactivo mientras recibe esta inspiración, ya que puede rechazarla; y, sin embargo, sin la gracia de Dios, él no puede por su propia voluntad moverse a sí mismo hacia la justicia a los ojos de Dios”. [6]

¿Cómo cooperamos con el plan divino? En primer lugar, debemos recordar que estamos cooperando solamente con un plan; El plan de Dios. Hay momentos en los que deseamos espolvorear un poco de nuestro propio plan en ello, pero esto no va a ganar almas para Cristo. “La oración de fe no consiste solamente en decir ‘Señor, Señor’, sino en disponer el corazón para hacer la voluntad del Padre. Jesús invita a sus discípulos a llevar a la oración esta voluntad de cooperar con el plan divino”. [7] Debemos orar siempre. “La oración cristiana es cooperación con su Providencia y su designio de amor hacia los hombres”. [8] Si fallamos en orar tan a menudo como podamos, permitimos que Satanás obre en nosotros. Sin embargo, al cooperar en el plan divino de Dios, nos damos cuenta de que no somos nada sin él. Él es el que nos da el poder para hacer grandes cosas. Cristo dice: “Miren que les he dado autoridad... no habrá arma que les haga daño a ustedes. Sin embargo, alégrese no porque los espíritus se someten a ustedes, sino más bien porque sus nombres están escritos en los cielos”. [9]